



Inauguración del IX Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia

Palabras del director de la Real Academia de la Historia

Señora:

[Madrid 4/11/2004] Es un gran honor para esta casa que Vuestra Alteza Real se haya dignado presidir el acto inaugural del noveno congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia. Os lo agradecemos de todo corazón.

Los congresos que celebran las Academias Iberoamericanas de la Historia han contribuido y contribuyen a estrechar los lazos entre todas ellas y a que sean más continuadas e importantes las acciones de colaboración para alcanzar, la finalidad principal de nuestros trabajos: que el pasado común de los pueblos hispánicos sea investigado con la eficacia que permiten las nuevas técnicas electrónicas y la mejor organización de los archivos que custodian nuestras fuentes de conocimiento. La colaboración posibilita que los resultados de las investigaciones monográficas, en todos los países iberoamericanos, permitan presentar ese pasado común con la mayor objetividad e independencia de los condicionamientos que, en ocasiones, motivaron que se dieran versiones parciales o fundadas en prejuicios que limitaban las posibilidades interpretativas.

Esta Real Academia de la Historia ha podido convocar y reunir en su sede a los representantes de todas las corporaciones hermanas, en esta IX convocatoria, gracias a uno de nuestros benefactores más ilustres, y que más entusiasmo y afanes de servicio y de colaboración ha mostrado siempre con esta casa: don Rafael del Pino y Moreno, por medio de la fundación que lleva su nombre y que representa hoy aquí su hija María. El ofrecimiento de que la Fundación Rafael del Pino sufragase todos los gastos que origina este IX congreso es resultado del interés de su presidente por cuanto concierne a la historia de América en todas sus manifestaciones, especialmente en las concernientes a la época virreinal, por descender, del Virrey del Pino, personaje notabilísimo del Siglo de las Luces, que tantas empresas de fomento dirigió en las tierras del Río de la Plata, en las que representó a su rey y señor natural, el monarca ilustrado Carlos IV. Que nuestro benefactor don Rafael del Pino y Moreno recupere su salud es deseo unánime de todos nosotros y se lo expresamos, de todo corazón, y con las mayores esperanzas. La elección del tema general a tratar por esta asamblea de academias iberoamericanas se hizo por ser todos nosotros conscientes de que, en los próximos años, se conmemorará, en los distintos países de América y en España, el bicentenario de los distintos procesos de independencia.

Haber elegido para este congreso el tema general La América Hispana en los albores de la emancipación significa estudiar los cambios que hubo, tanto en España como en la América virreinal, durante los últimos decenios del siglo XVIII y en los primeros años del XIX. El crecimiento económico y cultural de la América española a comienzos del siglo XIX era visible para cuantos visitaron no sólo las principales ciudades de la Nueva España y del virreinato del Perú, en los que los desarrollos fueron más intensos, sino las de otras zonas del continente y de las principales islas del mar de las Antillas. La difusión de las Luces llevó a los más ilustrados a plantear la cuestión de si convenía a los intereses de las comunidades de que formaban parte permanecer unidos al conjunto hispano indiano o promover movimientos de protesta que pudieran conducir a una independencia futura.



Los planteamientos de los hombres de espíritu más libre en América coincidían con los de semejantes actitudes en España. La guerra de los colonos ingleses del norte (que tanto apoyaron las cortes de Madrid y de Versalles) sirvió de ejemplo para todos, a un lado y a otro del Atlántico, de lo que podría ocurrir en el futuro en la América Virreinal. Sin tratar de los planteamientos de Aranda sobre lo conveniente de que, en los reinos de Indias, los infantes hicieran las veces de los virreyes, con vistas a un futuro confederal, que también hizo suyos Godoy, baste señalar como ejemplo la frase de José Nicolás de Azara en carta a Iriarte escrita desde Barcelona el 13 de diciembre de 1800, en la que trata de la obra de su hermano Felix: “cuando América ande por su pie –se independice– que no tardará, podrá recurrir a este trozo de su historia”.

Las ciudades indianas continentales no tenían murallas, porque no se temía que fueran atacadas por los naturales. Sí se hicieran fortines en las marítimas para defenderlas de posibles enemigos externos. Sin embargo, el crecimiento económico y cultural y las circunstancias desgraciadas en las que se vio España a partir de 1808, invadida por los ejércitos de Napoleón, provocaron el proceso de independencia, a pesar de que en las cortes reunidas en Cádiz hubiera diputados representantes de los virreinos, y de que, en la constitución de 1812, se definiese la nación española como la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios, y de que se estableciera que los territorios de las Españas estaban formados por los de la península e islas adyacentes, por los de la América septentrional y meridional y por las islas Filipinas.

En las sesiones de este congreso que inaugura hoy Vuestra Alteza Real trataremos de cómo se generó la emancipación de la América continental, de las circunstancias en que se produjo en los distintos ámbitos y de lo que significó para España y para cada uno de los países hermanos, los lazos civilizadores heredados de Grecia, de Roma y del legado cristiano que nos une a todos y que deseamos intensificar para conseguir la concordia y la colaboración que permitan a nuestros pueblos alcanzar, en el futuro, los fundados deseos que podamos formular en el presente.

Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón